

fuerzos, su sabiduría, su firmeza, su vigilancia, su justicia imparcial é incorruptible. Recuerda su declaración de los derechos, su gloria y el recuerdo de las grandes acciones que enaltecen su carrera. «La concluiréis como la empezasteis y volveréis al seno de vuestros conciudadanos dignos de vosotros mismos. Por nuestra parte terminaremos esta demanda con una profesión, cuya verdad nos da derecho para contar con vuestra estimación, con vuestra confianza, con vuestro apoyo: Respeto para la Asamblea, fidelidad á la Constitución, etc.»

Los Jacobinos firmaron y remitieron á la Asamblea esta triste palinodia, pero se guardaron bien de insertarla en el diario de sus sesiones. Brissot fué el que el 24 les hizo la mala jugada de publicarla. ¿Fué indiscreción ó lo hizo por envilecer á su redactor Robespierre, con el que desde entonces simpatizaba muy poco?

La humildad salvó á los Jacobinos, como el orgullo perdió á los Fuldenses. En realidad, estos últimos eran muy fuertes. Habían atraído del antiguo club á casi todos los diputados, no solo á los moderados, á los constitucionales, sino á fervientes Jacobinos como Merlin de Douai, Dubois-Crancé, etc. Unidos últimamente á la Asamblea nacional, establecidos en sus mismas oficinas, participaban de su majestad. El convento de los Fuldenses que ocupaban (calle de Saint-Honoré, enfrente la plaza Vendome) era un local inmenso y magnífico, espléndida fundación de Enrique III, agrandada posteriormente por sus herederos. El convento formaba un cuadrado enorme que comunicaba por un corredor con un picadero, y desde allí por la terraza de los Fuldenses, con las Tullerías.

Y sin embargo habían cometido una falta al abandonar su antiguo local. Este tenía lo que acredita á los antiguos comercios afamados; era sombrío, feo, mezquino. Sin ostentación, sin énfasis no mostraba más que una puerta baja y una entrada bastante sucia por la calle de Saint-Honoré. La casa estaba reformada por los Jacobinos; el convento era triste y pobre. La biblioteca, donde había estado primero el club antes de pasar á la iglesia, no tenía más adorno que un pequeño cuadro en el que se hacía visible el secreto misterioso de la asociación jansenista, el mecanismo ingenioso de que se había valido para hacer circular, á pesar de la policía, sin poder ser jamás sorprendida, las Noticias eclesiásticas. La iglesia no contenía ningún monumento importante, excepto la tumba de Campanella, una especie de Robespierre hecho fraile, un Babeuf eclesiástico, que había ido á refugiarse allí en el siglo diez y siete.

Se contaba que el cardenal Richelieu, cuando se sentía próximo á ablandarse y temía humanizarse demasiado, iba allí y recobraba cerca del calabrés terrible algo de la dureza del bronce italiano.

Los modernos Jacobinos que se reunían en aquella iglesia y no eran allí más que inquilinos, habían dejado aquellas viejas tumbas. Estaban allí mezclados con los muertos. Otros muertos, los últimos monjes del convento, asistían al club (el 89 y 90), como los últimos Francisca-

nos al club que se reunía en su casa. Todo esto formaba un conjunto fantástico que se había apoderado para siempre de las imaginaciones, llenándolas de recuerdos: el poderoso *genius loci*, transformado por la Revolución, vivía allí, se le adivinaba. ¿*Quis Deus? incertum est; habitat Deus*. Los Jacobinos decían á los forasteros, á los provincianos, con acento misterioso: «Esta es la Sociedad madre.» Allí, en efecto, se habían celebrado los primeros *sabbats* (palabra propia de la jerga Jacobina), de donde salieron los primeros motines. Allí, en su memorable duelo con Duport y Lameth, fué Mirabeau á atronar y á morir. Y mientras en las bóvedas de la capilla resonaban aquellas grandes voces, otro ruido estridente, bárbaro, iba á mezclarse con ellas, saliendo de los subterráneos de la iglesia inferior, en donde sociedades obreras y clubs de mujeres del pueblo discutían violentamente.

No era aquel un local vulgar que se podía abandonar impunemente. Lo que prueba que los Fuldenses no eran políticos, es que no lo habían comprendido así. El 17 lo podían todo, eran la misma Asamblea. A toda costa hubieran debido destruir ú ocupar aquel lugar, y esto, aquella misma noche, sin más dilación, aprovechando el terror de sus enemigos.

Se acordaron de ello por la mañana. Feydel, sucesor de Laclos en la redacción del diario, fué con aquel á reclamar el local y la correspondencia. Alegaban que los Fuldenses, especialmente Duport y Lameth, eran los fundadores del club, que todo el comité de correspondencia (por lo menos veinticinco miembros de treinta) se habían pasado á su lado. Habían ido temprano, creyendo probablemente arreglar la cosa en medio de la soledad y el desfallecimiento de los Jacobinos, antes de que llegaran Petion y Gregoire, creyendo también que no se atrevería á ir Robespierre por hallarse perseguido. Los Jacobinos declararon que querían esperar á aquellos. Por fin llegaron. Petión, que venía de tantear la Asamblea nacional, y que había obtenido el que atenuase su ley represiva, es decir que retrocediese en el mismo día de la victoria, no vaciló en contestar por los diputados Jacobinos, que eran tan fundadores del club como los otros, que conservarían la correspondencia y que continuarían allí; por lo demás iba á intentar una reconciliación con los Fuldenses. Fué á verles, en efecto, y recibió esta altiva respuesta: «que no recibirían más que á los Jacobinos que se conformasen con sus nuevos reglamentos.»

Los Fuldenses se mostraban más orgullosos que hábiles. Su primer acto, la petición del 17 á las sociedades afiliadas, había sido en todos sentidos impolítico y desastroso; petición *mal fechada* en el día de la matanza, *mal firmada* por Salles, que había defendido al rey; *mal dirigida* bajo el sobre del ministro y sospechosa por esto solo; por fin, para que nada faltase *mal aprobada*, si así puede decirse; lo fué inmediatamente por Chalons-sur-Marne, la ciudad realista que había recibido tan bien al rey á su regreso.

En aquella petición alegaban los Fuldenses como principal motivo de la separación, que querían limitarse á preparar los trabajos de la Asamblea, no hacer nada más que discutir, sin acordar nada por el sufragio; en una palabra, hablar sin resolver, sin obrar, dejando obrar á la Asamblea sola. Estaban seguros de desagradar. Era tiempo de trabajar, se imponía el porvenir, y proponían que resolviese una Asamblea *in extremis*, que ya pertenecía á la historia.

El 23 se dieron los Fuldenses á sí mismos el golpe fatal, se marcaron con señal de muerte, al prescindir de la igualdad erigiéndose en asamblea de distinguidos y privilegiados, de la que no podrían formar parte más que los *ciudadanos* activos (elector de los electores). Muchos de ellos se opusieron á este acuerdo, y al no ser atendidos, no esperaron ya más que una ocasión para volverse á los Jacobinos.

Estos se rehacían. Su actitud cambió el 24; cuando los Fuldenses llevaron su respuesta á los Jacobinos, les dijo Robespierre: «No la leemos hasta después de declarar que la verdadera Sociedad de los Amigos de la Constitución es la que se reúne aquí.» Precaución tanto más prudente, cuanto que la respuesta de los Fuldenses no era más que una nueva invitación para que se sometieran al reglamento aristocrático que acaban de aprobar.

En vez de esto, emprendieron los Jacobinos la tarea de depurar su sociedad, rechazando, para que se fueran á los Fuldenses, á los tímidos, á los indecisos que iban y venían de una sociedad á otra. La voz honrada y respetada de Petión fué la que propuso la depuración. Un comité primitivo de doce miembros (seis de los cuales habían de ser diputados), debía formar el núcleo de la sociedad, compuesta de sesenta miembros, los cuales sesenta seleccionarían, eliminarían y presentarían á los candidatos puros y dignos. En realidad esta combinación entregaba á los dos miembros importantes é influyentes, Petión y Robespierre el poder casi dictatorial para rehacer los Jacobinos. Digo dos, y digo mal: Petión, despreocupado, indolente por naturaleza, era poco á propósito para aquel trabajo de inquisición sobre las personas, para el examen minucioso de las biografías, de los precedentes, de las tendencias y de los intereses de cada uno. Solo Robespierre era apto para esto, y con él quizás otro miembro de aquel comité depurador, Roger, obispo de Ain. Puede asegurarse sin temor de engañarse que Robespierre reconstituyó el instrumento terrible de la sociedad Jacobina de que se iba á servir.

De las sociedades de provincia solo cuatro se habían separado expresamente de los Jacobinos, y aun una de ellas se volvió á atrás. Desde el 22 de Julio Meaux, Versalles, Amiens, declararon que no querían entenderse más que con ellos. Otras once ciudades las imitaron antes del 31 del mismo mes. Marsella el 27, con la mayor energía. En la misma sesión, fueron los Franciscanos á protestar de su fidelidad á los Jacobinos, lo mismo que las Sociedades fraternales.

Los constitucionales, en otro tiempo victoriosos, se veían obligados á defenderse. Varias mociones atrevidas redactadas en provincias, les reprochaban amargamente el que tolerasen en la Asamblea nacional á los trescientos realistas que habían protestado. Montauban, Yssoire; Riom, Clermont, una tras otra les dieron este golpe.

La moción de Clermont fué presentada y probablemente redactada por el amigo de madama Roland Mr. Bancal de Ysarts, comisionado expresamente por su ciudad. Fué escrita el 19 de Julio, evidentemente en cuanto se supo la resolución del 16 que comprometía á la Asamblea en favor del rey. Sin duda una expresiva carta de madama Roland á Bancal contribuyó también á exaltar á éste más de lo regular. En aquella carta le refería el éxito prodigioso obtenido por Brissot en los Jacobinos. Su carta conmovedora y apasionada concluía en sus últimas líneas con un presentimiento melancólico: «Acabaré mi vida cuando le plazca á la naturaleza; mi último suspiro será todavía de esperanza para las generaciones que han de sucedernos.»

Se sentía próxima á enfermar, y enfermó en efecto. El exceso de trabajo, las emociones continuas, el horrible suceso del 17 sobre todo, la hicieron sucumbir; por un momento desesperó de la libertad. El 20 escribía á Bancal que todo había concluido, que jamás podrían sostenerse los Jacobinos, que era inútil que fuese á París, etc. Pero el poderoso impulso que ella había dado no podía detenerse. En el mismo momento iba Bancal á partir; tenía la violenta demanda de los Jacobinos de Clermont, que parece escrita precisamente por la mano y por la pluma de madama Roland. Creyó sus primeros consejos, no hizo caso de los segundos, corrió á París y se presentó en persona en las puertas de la Asamblea, con el escrito incendiario en la mano.

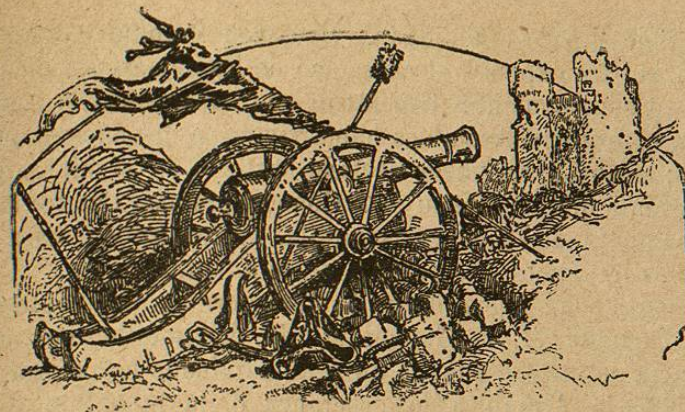
Aquella moción grave en medio de su violencia, magistral, cayendo de lo alto, del pueblo soberano sobre sus delegados, les reprochaba el haber defraudado por dos veces la esperanza de la nación, aplazando la convocatoria de las asambleas electorales: tres veces, mejor dicho, al prometer que la Constitución estaría concluida el 14, sin haber cumplido su palabra. Y anunciaba á la Asamblea que si dentro de la quincena no revocaba su decreto suspendiendo las elecciones, se acordaría *prescindiendo de ella*.

Bancal no pudo pasar de la puerta; no le admitieron en la barra. Su compatriota Biauzat, diputado por Auvernia, se ocupó de la moción con violencia y con desprecio, tratando de rebajar á la persona que la llevaba. Consiguió que fuera enviada al comité de las averiguaciones, que se abriera un proceso y que fuese perseguido, si había lugar. Lejos de asustarse, Bancal dirigió al día siguiente á la Asamblea una demanda muy enérgica y se atrevió á pedirle una reparación pública. Por la noche en los Jacobinos ofreció mil ejemplares de la petición de Clermont, quinientos para ellos y otros quinientos para ser remitidos á las Sociedades afiliadas. Los Jacobinos no aceptaron estos últimos quinien-

tos ejemplares, temiendo sin duda enajenarse con aquel acto atrevido á la masa de los Fuldenses que trataba de volver á ellos.

Estos, en efecto, se dividieron en aquel momento en dos grupos. Era imposible que Fuldenses como Merlin y Dubois marchasen unidos con Fuldenses como Barnave y Lameth. Desgraciadamente no conocemos sus debates íntimos; pero se traslucen demasiado en la Asamblea nacional. El 30, al tratar una de las cuestiones más graves, se separan, la mayoría se les escapa, y también el poder para siempre; porque era precisamente del poder de lo que se trataba. La Asamblea, después de lo de Varennes, había enviado algunos comisionados á los departamentos fronterizos para que los vigilasen y los sostuviesen. El buen resultado de esta medida hacía que se tratase de darla más amplitud. Es decir, que la Asamblea que hasta entonces había hablado y mandado desde lejos, quería en esta ocasión obrar cerca, trasladándose en la persona de sus miembros más enérgicos á todos los puntos del territorio, mostrándose en todas partes y cogiendo, por este don de ubicuidad, con mano fuerte á la Francia, antes de que se escapase. La vieja Constituyente, casi expirante, trataba de hacer lo que hizo con gran trabajo la joven Convención con el prodigioso aumento de fuerza que la daban el peligro y el furor.

Tarde, muy tarde, aquel poder esencialmente legislativo, aquella gran fábrica de leyes, pensaba en gobernar, en viajar, en obrar. Estaba ya muy cascada para gobernar á caballo. Buzot pidió que se cesara de enviar comisionados, por ser necesaria, según decía, la presencia de todos los diputados en el momento de la revisión. Dandre, órgano en esta parte de las desconfianzas de la corte para con los constitucionales, apoyó á Buzot, con gran sorpresa de todos. La corte tendió también la mano á los republicanos para romper su última esperanza, anulando la acción de la Asamblea. Esta, cansada de si misma, votó sin dificultad lo que se quería que votase; renunció al movimiento, volvió á sentarse todavía, una hora más, impaciente como estaba por echar una última mirada sobre su obra, la Constitución, y cesar de existir.



CAPITULO XXII

La revisión.—Alianza frustrada entre la izquierda y la derecha. (Agosto del 91)

Barnave y los constituyentes pretenden hacerse otra vez dueños de la derecha (fin de Julio).—Se ponen de acuerdo con Malouet.—Entran en negociaciones con Leopoldo.—La reina escribe á Leopoldo para impedirle que obre (30 de Julio).—La derecha rompe la inteligencia de Malouet con Barnave y Chapelier (4 de Agosto).—La revisión tímidamente realista (5-30 de Agosto).—La Constitución del 91, ni burguesa ni popular.—Multiplicación prodigiosa de las Sociedades jacobinas.—Solemne ultraje de Robespierre á los constitucionales, su humillación, 1.º de Septiembre.

El constitucional Barnave y el realista Malouet, distanciados en muchos puntos, tenían un lazo común en su manera de apreciar los asuntos de las colonias; los dos eran partidarios de los plantadores. Un día que Barnave había defendido calurosamente á Malouet en este comité, dejó que salieran los demás, llamó aparte á Malouet y le habló en los siguientes términos: «He debido pareceros con frecuencia muy joven, le dije; pero estad seguro de que en pocos meses he envejecido mucho...» Después de un momento de silencio, en el que parecía que reflexionaba: «¿Es que no veis que todos nosotros los diputados de la izquierda, excepción hecha de una docena de ambiciosos ó de fanáticos, deseamos concluir con la revolución?... Comprendemos que no lo conseguiremos si no se da una base fuerte á la autoridad real... ¡Ah! si la derecha en vez de irritar siempre á la izquierda rechazando todo lo que aquella propone, secundara la revisión!...»

Este preámbulo significaba que los constitucionales, al ver que se quebraba entre sus manos la máquina de los Fuldenses, al ver que la fracción patriótica del nuevo club se dirigía ya hacia la puerta para volverse con los Jacobinos, se inclinaban ellos mismos á la derecha y trataban de unirse á los realistas.

Y cuando hablo de los constitucionales me refiero especialmente á